

mento húngaro funcionaba ya desde el día 5 del mismo mes, había esperanza de que la corriente tumultuosa de la revolución entrara en un cauce fijo y se regularizara.

Ilusión grandísima é inexplicable fué esperar una obra de concordia y de unificación de una asamblea monstro en la cual mas de la mitad de los diputados no entendían el alemán, que era sin embargo el idioma que mas generalizado estaba en ella, y era forzoso de consiguiente permitir que cada proposición puesta á votación se tradujera primero en todas las lenguas que allí estaban representadas. Además, eran todos los en ella reunidos noveles en la vida y arte parlamentarias, muchos de ellos inteligencias poco cultivadas y animados de propósitos diametralmente opuestos, queriendo los alemanes la unidad constitucional de toda la monarquía austriaca y los checos y otros eslavos á lo mas una federación de los diferentes territorios y razas. En medio de estas condiciones encontradas, la necesidad del momento impulsaba á resta-



Territorio comprendido entre Mantua y Verona

nables que solamente por abuso de conquista y de fuerza se habían negado hasta entonces á la población agrícola; pero habiendo el ministerio hecho cuestión de gabinete la aceptación de la indemnización, fué votada esta parcialmente; y despues de la cuestión principal hubieron de ser debatidos y votados cuarenta artículos complementarios antes que la libertad é independencia del cultivador del suelo fuese un hecho definitivo. Al fin se verificó en 7 de setiembre de 1848 la votación del principio; fecha memorabilísima para el Austria, porque en virtud de la ley votada señala en la historia de este imperio el punto en que salió de la Edad media y en que empezó á ser un Estado moderno. La abolición de la servidumbre y la amortización de las cargas feudales, siendo ya hechos consumados y reconocidos por la ley, hacían imposible volver al estado anterior del año 1848 y obligaban al propio tiempo al gobierno á reconocer también todos los principios fundamentales de la vida social moderna, contra los cuales la vetusta monarquía había erigido tantos cordones y baluartes. Por otro lado, esta conquista, única positiva y permanente de aquella revolución, fué al mismo tiempo rémora y freno del movimiento revolucionario, porque separó de él al elemento mas numeroso y robusto, la clase rural, la cual cuando hubo sacado de la revolución todo cuanto podía esperar, cesó de ser su aliada y ni siquiera tuvo ya interés para ella el parlamento.

Retirada de la palestra la clase rural, la reacción pudo emprender la lucha contra la revolución con esperanzas de

blecer el órden social y político, y sobre todo había que fijar la suerte de la población rural, sierva ó poco menos hasta el estallido de la revolución y libre desde entonces de todas las cargas y servidumbres, ya por decreto de los gobiernos provisionales ya por voluntad de cada individuo. El diputado Kudlich, hijo de labradores, presentó en 26 de julio á la asamblea la proposición de declarar solemnemente abolida la servidumbre personal, pero en lugar de votar primero la cuestión en principio, perdióse la asamblea en detalles que dieron lugar á 73 enmiendas y á un cuestionario, redactado por el presidente Strohbach, con 159 preguntas que debían ser estudiadas, discutidas y votadas ó rechazadas antes de votarse la abolición de la servidumbre y las cuestiones anexas de indemnización, jurisdicción y demás.

La cuarta parte ó poco menos de los representantes eran cultivadores, y estos se opusieron naturalmente á toda indemnización para recobrar derechos indisputables é inaje-

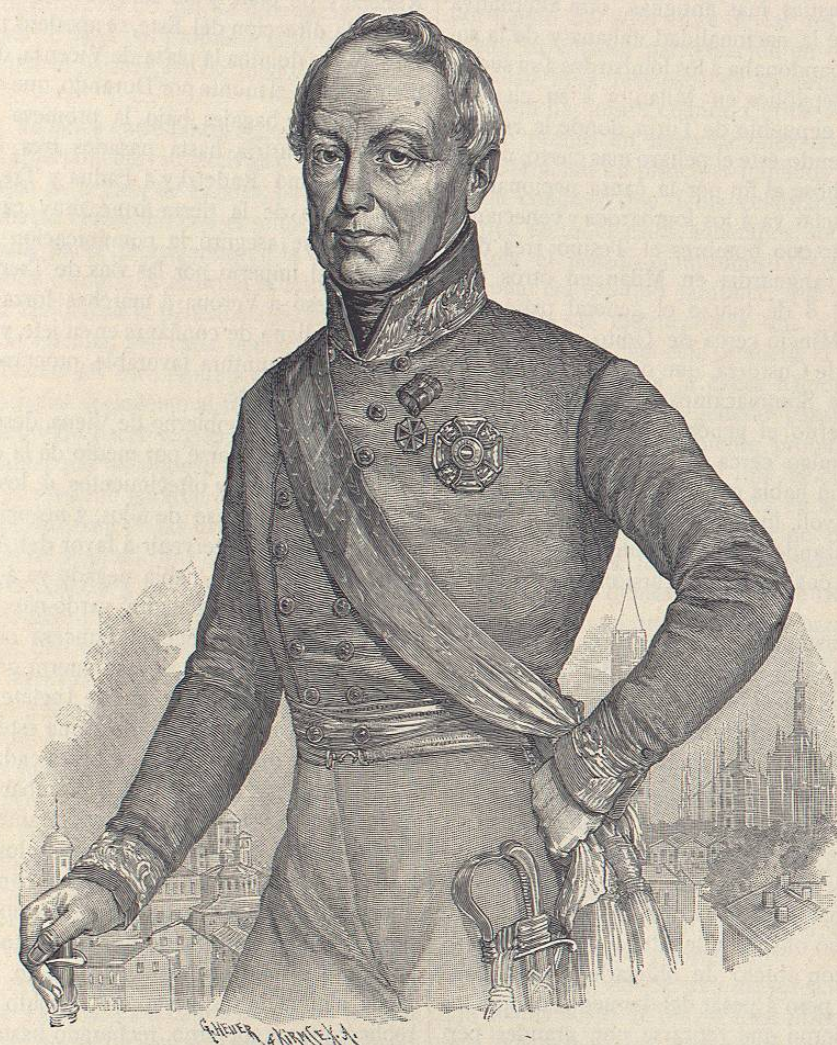
éxito, tanto mas cuanto que á la sazón había derrotado á la revolución en los campos de batalla de Italia.

La conmoción política de Sicilia, reforzada con la impresión producida por la inmediata revolución de febrero en Francia, se había comunicado como lava de un volcán á toda la península apenínica hasta el pié de los Alpes (1). En Nápoles funcionaba un ministerio liberal que nombró á Ruggiero Settimo gobernador general de Sicilia y le dió por ministros á los miembros de la junta revolucionaria. Ruggiero Settimo convocó un parlamento siciliano en Palermo, mientras los romanos estaban locos de alegría por haber formado el papa un gobierno en el cual ocupaban puestos importantes personas laicas, por haber expulsado á los jesuitas y formado una representación nacional dividida en dos cámaras. Al mismo tiempo, en Turin todo era júbilo por haber promulgado el rey la constitución prometida, permitido la formación de una guardia nacional y nombrado un ministerio presidido por el conde Balbo y compuesto de hombres prudentes de todos los grupos liberales. Una tras otra fueron rotas las cadenas del absolutismo, y el movimiento nacional, imponente como nunca, se dirigió contra el baluarte mas formidable del absolutismo en Italia, las provincias austriacas de Lombardía y el Veneto.

(1) Reuchlin, *Historia de Italia y Cuadros de la Italia moderna*, ambas obras alemanas.—F. Ranalli, *Le istorie italiane dal 1846 al 1853*.

El feld-mariscal Radetzky, que mandaba en jefe las fuerzas austriacas en Italia, vió llegar la tormenta y la esperó á pié firme, confiando en su ejército recién reforzado hasta setenta mil hombres (1); pero la revolución de Viena animaba mas que nunca á los patriotas italianos y paralizaba al mismo tiempo el brazo de las autoridades austriacas. Así fué que el vice-presidente del gobierno, el conde Lamoral de O'Donnell, suplicó al feld-mariscal que no exasperase á los súbditos italianos del Austria con demostraciones militares prematuras. A pesar de esto, sublevóse Milan en 18 de marzo, y O'Donnell tuvo que firmar los decretos que le presen-

taron el alcalde y el pueblo, que finalmente se apoderaron de su persona y le obligaron á dimitir. En pocos momentos apoderóse la revolución de toda la ciudad, con una violencia que el mismo Radetzky no había esperado. Despues de dos dias de lucha evacuó la ciudad; había pensado en someterla bombardeándola desde el castillo y las fortificaciones, pero al saber que la revolución le cortaba ya las comunicaciones, no tuvo mas remedio que abandonar la plaza para no quedar completamente cortado. «¡Pronto volveremos!» dijo cuando emprendió la retirada, pero apenas hubo pasado el Adda supo que Venecia se había pronunciado también y hubo de



El feld-mariscal Radetzky, retrato dibujado por Skallitzki

repasar el Mincio. En seguida reforzó la guarnición de Mantua con la brigada Wohlgemuth y se retiró con el ejército principal al pié de los muros de Verona, donde se hizo fuerte despues de haber perdido una tercera parte de sus tropas por desertion de los italianos, acontecimiento que no le desanimó. Venecia con su arsenal y la escuadrilla austriaca, tripulada casi exclusivamente por italianos, cayeron en manos de los sublevados por el aturdimiento del gobernador Palfy y del comandante de plaza Zichy; de suerte que en la misma noche del pronunciamiento pudo proclamar Manin la república, á la cual se agregaron inmediatamente las ciudades de tierra firme.

Estas victorias rápidas arrastraron en el torbellino revolu-

(1) Hánse utilizado las dos obras alemanas siguientes: Willisen, *Las campañas de Italia de los años 1848 y 1849*; y Schönhal, *Recuerdos de un veterano austriaco de la guerra de Italia de 1848 y 1849* (1851).

cionario á los territorios italianos que hasta entonces habían estado á la expectativa. Los duques soberanos de Módena y Parma huyeron; el gran duque de Toscana hizo olvidar á sus súbditos que era príncipe austriaco poniéndose á la cabeza del movimiento liberal, y el papa envió sus tropas al socorro de los sublevados lombardos. El parlamento de Palermo, á quien ninguna concesión podía contentar, declaró destronada la familia de Borbon en Sicilia, y Guillermo Pepe, el célebre guerrillero liberal que gracias á la revolución había vuelto á su país despues de veintisiete años de ostracismo, marchó con catorce mil napolitanos al socorro de los sublevados del Norte.

En estos momentos de agitación se fijaron todas las miradas en el reino de Cerdeña. Carlos Alberto, asediado por todos lados, no sabía qué partido tomar; la aversion que había cobrado á los demócratas le hizo sordo á los primeros gritos

de socorro de los lombardos insurreccionados, con tanto mas motivo cuanto que el gabinete inglés por boca de lord Palmerston le instaba á que hiciera con el Austria una alianza defensiva, en la seguridad de tener que habérselas pronto con una intervencion francesa en Italia. Para facilitar esta alianza el embajador inglés en Viena habia recibido de su gobierno instrucciones para obtener del Austria concesiones á favor de Cerdeña; pero entre tanto se habian precipitado los sucesos, y la perspectiva seductora de ceñirse la corona de hierro, el odio al Austria, inveterado en todos los pechos italianos, y el entusiasmo nacional, que habria sido peligrosísimo querer resistir, no dejaron á Carlos Alberto, representante de una de las dinastías mas antiguas, otra alternativa que hacerse el adalid de la nacionalidad italiana y de la soberanía del pueblo. Si abandonaba á los lombardos á su suerte estos proclamarían la república en Milan, y á su ejemplo habria hecho lo mismo el pueblo de Turin, donde la revolucion era inminente, y siendo este el peligro mas cierto, mayor y mas inminente, decidióse al fin por la causa nacional. El 23 de marzo pudo anunciar ya á los lombardos y venecianos que habia pasado con 30,000 hombres el Tesino; tres dias despues entró con su vanguardia en Milan; en otros tres dias llegó á Pavía, y el 8 de marzo el general piemontés Bava forzó el paso del Mincio cerca de Goito y tomó posiciones en la cordillera de Custozza, que domina la orilla izquierda del rio, desde Sommacampagna hasta Sona; cubriendo el flanco izquierdo el general Sonnaz, despues de haber derrotado al enemigo cerca de Pastrengo, en 30 de abril. Con esta operacion habia ganado el ejército piemontés la famosa meseta de Rívoli, limpiando el país de austriacos hasta el Adige y amenazando al mismo tiempo su comunicacion con el Tirolo, en el cual hacían incursiones los voluntarios lombardos.

En tan críticas circunstancias para las armas austriacas se demostró el valor estratégico incomparable del famoso cuadrilátero, formado por las plazas fuertes de Verona, Peschiera, Mantua y Legnano, y defendido además por el lago y el rio. Allí pudo aguardar Radetzky tranquilamente la llegada del ejército de reserva que el general Nugent reunía á orillas del Isonzo, sin necesidad de jugar á vida ó muerte la suerte del imperio austriaco en una batalla campal de dudoso éxito y que aun ganada no le habria servido de nada, ya que no habria podido aprovechar la victoria por falta de fuerzas suficientes. El enemigo, no obstante, le atacó el 6 de marzo cerca de Santa Lucía con objeto de obligarle á encerrarse en la plaza de Verona; pero á pesar del denuedo con que los italianos lucharon, tuvieron que retirarse con grandes pérdidas. Entre tanto, se habia puesto en marcha el ejército de reserva, mandado por el conde de Thurn por enfermedad de Nugent, con orden de impedir en su marcha al ejército papal mandado por Durando y á los voluntarios de Roma acudidos por Ferrari, el paso del rio Piave. Thurn hizo algo mejor que esto: engañó al enemigo por un movimiento estratégico, y cayendo súbitamente por el lado de Bellune y Feltre sobre los voluntarios de Ferrari, los arrojó delante de sí en completo desorden hasta dejarlos dispersados, y llegó felizmente con sus fuerzas el 22 de mayo á Verona, despues de haber atacado inútilmente á Vicenza. Reforzado el ejército austriaco con este auxilio hasta contar 50,000 hombres, tomó Radetzky la ofensiva con el triple objeto de facilitar el aprovisionamiento de sus tropas, alejar al enemigo de Verona y socorrer á Peschiera, á la cual los italianos estaban sitiando.

Contando con la escasa vigilancia del ejército piemontés, en la noche del 29, pasando por delante de las avanzadas enemigas, se trasladó á Mantua, y á la mañana siguiente el

príncipe de Schwarzenberg cayó sobre las fuerzas toscanas, apostadas al mando de Laugier cerca de Curtatone, y que despues de una resistencia tenaz tuvieron que pronunciarse en retirada. El 30 de abril se arrojaron Benedek y Wohlge-muth con sus brigadas sobre el ejército principal, mandado por el rey Carlos Alberto, cerca de Goito, con el objeto de encerrarle entre el Adige y el Mincio y coparlo allí; pero el plan no salió bien. Al dia siguiente rindióse Peschiera por hambre, una lluvia deshecha imposibilitó durante tres dias todas las operaciones y agregándose á esto noticias de Viena donde en el momento menos pensado podia hacer falta el único ejército de confianza para salvar el trono, cambió Radetzky de plan, y sin ser visto del enemigo tomó súbitamente la direccion del Este, se apoderó por asalto del monte Berico, que domina la plaza de Vicenza, defendida denodadamente como el monte por Durando, que obtuvo libre retirada con armas y bagajes bajo la promesa de no hacer armas contra el Austria hasta pasados tres meses. Despues de Vicenza tomó Radetzky á Padua y Treviso, con lo cual se hizo dueño de la tierra firme, muy capaz de mantener su ejército, y se aseguró la comunicacion con las demás provincias del imperio por las vias de Trento y Udine. Hecho esto regresó á Verona á marchas forzadas con su ejército, animoso y lleno de confianza en su jefe, y allí esperó tranquilo la próxima coyuntura favorable, procurando que el enemigo no pasara adelante.

Entre tanto el gobierno de Viena, descorazonado y aturrido, procuraba salvarse por medio de la diplomacia, no escaseando promesas y ofrecimientos á los lombardos, que no hicieron ningun caso de ellos, y negociando con Inglaterra para inducirlos á intervenir á favor del Austria, despues que lord Palmerston se habia negado ya á proteger la plaza de Trieste contra la escuadra sardo-napolitana para no dar motivo á una intervencion francesa en Italia, que habria sido la señal infalible de una guerra general. No pudiendo contar con el auxilio directo de Inglaterra, propuso el gabinete de Viena al de Londres que este interpusiera su mediacion para un arreglo sobre bases cada vez mas latas, hasta la de renunciar el Austria á la Lombardía hasta el Mincio, incluidas las plazas de Peschiera y Mantua, con la autonomia administrativa del resto del territorio lombardo-veneto; pero lord Palmerston no admitió estas condiciones y pidió el abandono completo de todo el territorio hasta el rio Isonzo, porque estaba convencido de que á esto habia de irse á parar al fin y que todo arreglo seria efímero. No le hizo tampoco mella alguna la respuesta del enviado austriaco cuando le replicó que su gobierno, rechazado hasta el Isonzo, tampoco se cuidaria de lo que emprendiese en su caso el gobierno francés por el lado del Rhin. Finalmente pidió Palmerston para el Estado de segundo orden que se formaria entre el Austria y la Francia, toda la Lombardía y algun trozo del Veneto, pero este sacrificio era demasiado grande para el Austria. Desengañado, pues, por este lado, dirigióse el gabinete de Viena á Paris, donde sus proposiciones fueron recibidas con mucha frialdad, porque tanto para la Francia republicana como para la monárquica, la dominacion del Austria en el Po era un mal menor que el aumento de poderío del rey de Cerdeña, y aun que la unificacion de toda la Italia.

Al principio se habia creído en Paris que la gran oposicion al movimiento liberal y á la consiguiente influencia francesa en Italia procedería de la Rusia; pero el embajador de esta potencia en Nápoles habia tranquilizado al gobierno francés respecto de este punto asegurándole que el emperador Nicolás no se oponía ni á la independencia de Italia ni á que la Francia adelantase su frontera hasta el Rhin, con tal que

se le dejara libre su accion en el Este de Europa. La Francia tenia un interés mas vivo en Italia, y si bien se habia pronunciado la asamblea nacional en su sesion del 24 de mayo en favor de la independencia italiana, el ministro Bastide explicó este voto con la limitacion de que esta independencia no debia pasar de la formacion de una confederacion de todos los Estados italianos independientes; que la Lombardía y el Veneto solo podían contar con la proteccion francesa si se constituían en república, y que lo mas que se podia conceder al Piemonte era avanzar su frontera hasta el Mincio. Por su parte Lamartine hizo saber que si Italia llegara al extremo de constituir un solo reino, se vería precisada la Francia á apoderarse de la Saboya y de Niza para asegurar su propia defensa. De ahí puede inferirse que si el rey Carlos Alberto participaba del profundo odio que todos los italianos sentían por el Austria, no era menor el que profesaba á la Francia.

Los republicanos italianos entre tanto, seguros del apoyo francés, redoblaron abiertamente su actividad. Mazzini, el enemigo irreconciliable de la casa de Saboya, habia acudido de Paris, donde se habia entendido con el ministro Bastide y los demócratas para hacer propaganda en la Lombardía á favor de la república y contra la anexion al reino de Cerdeña; trabajo que le facilitaron la petulancia de los municipios, la vanidad y la envidia. En cada pueblo se formó al lado del gobierno piemontés otro republicano que no cesó de calumniar y vilipendiar soezmente al rey y cuanto hacia, su carácter y su modo de hacer la guerra. Tan obcecados estaban los republicanos que hallándose unos y otros con el enemigo temible á la vista no pararon hasta conseguir que los lombardos no combatesen en las filas piemontesas sino que formasen un ejército separado que desprovisto de armas, municiones y oficiales idóneos y peritos, tenia muy poco de marcial. Cuando finalmente se llamó á votar á la poblacion si queria formar parte del reino piemontés, los republicanos quisieron impedirlo con una sublevacion, pero la poblacion fué mas cuerda y votó la anexion casi por unanimidad. No así los venecianos, que á pesar de hallarse amenazados mas directamente por las fuerzas austriacas, se declararon por la forma republicana, pero aterrizados por la caída de Vicenza, se fusionaron con el Piemonte provisionalmente con gran disgusto de Manin, hasta saberse la decision del futuro parlamento nacional italiano.

Todo esto sugirió al ministro austriaco Wessenberg la idea de debilitar á los adversarios fomentando entre ellos la division, y desde luego resolvióse al sacrificio de reconocer la independencia de la Lombardía á condicion de un tratado de comercio que esta firmaria con el Austria, y de encargarse el nuevo Estado de una parte de la deuda pública austriaca.

Comunicó este ofrecimiento al gobierno provisional de Milan y se envió orden á Radetzky de ofrecer á los lombardos un armisticio. Al mismo tiempo ofreció el rey Carlos Alberto al gobierno inglés que se contentaria con el rio Adige por frontera; pero á pesar de estas buenas disposiciones y de ser esta solucion la mas ventajosa para ambas partes atendidas las circunstancias, no se realizó en parte por culpa del gobierno provisional de Milan, que rechazó el arreglo, pero principalmente por la oposicion que encontró en el cuartel general de Radetzky, donde prevalecian las consideraciones militares y no tenían voz las políticas. En efecto, bajo el punto de vista militar habia pasado ya lo peor y solo podia el ejército en adelante coger laureles; por esto el feld-mariscal envió sin dilacion al príncipe de Schwarzenberg á Innsbruck para exponer al emperador que la provincia que se iba á sacrificar estaba á punto de ser reconquistada con

toda seguridad por medio de las armas; y efectivamente, el gobierno austriaco desistió de este proyecto.

Esta victoria del partido de la guerra conservó al imperio por veinte años mas la posesion de sus provincias italianas; pero la necesidad de mantener allí un ejército le costó la revolucion de octubre en Viena, la formidable revolucion de Hungría y la necesidad humillante de tener que invocar con este motivo el auxilio de Rusia.

Por su parte tenia razon Radetzky, atendidas las circunstancias dominantes entonces en Italia, porque el rey Carlos Alberto no solamente tenia contra sí á los republicanos sino tambien á los soberanos italianos, que desde la incorporacion de los ducados de Módena y Parma al reino de Cerdeña por medio del voto libre de las respectivas poblaciones, y desde su forzosa participacion en el movimiento nacional, andaban muy recelosos de su propia suerte. Sus temores subieron de punto cuando Carlos Alberto se negó á entrar por lo pronto en negociaciones relativas á una alianza y confederacion de principes italianos y á hacerse representar en un congreso que debia celebrarse á este fin en Roma. El que de todos estos soberanos soportaba con mas impaciencia el pesado compromiso de tomar parte en la guerra nacional era el sumo pontífice, que rechazó como extralimitacion de sus instrucciones una proclama de su general Durando, en la cual este prometía la bendicion papal á todos los que peleaban por la causa nacional italiana. Desaprobó tambien que el mismo general pasara el Po por orden del rey de Cerdeña, y finalmente pronunció en 29 de abril, en el colegio de cardenales, una alocucion preparada desde larga fecha en el mayor secreto, en la cual protestó solemnemente tanto contra la suposicion de que él, que amaba paternalmente á todas las naciones por igual, proyectase alzarse con los demás principes de Italia en guerra contra el Austria, como contra su eleccion para jefe de una república italiana. Verdad es que obedeciendo á la fuerza de las circunstancias tuvo que poner formalmente sus tropas á las órdenes del rey Carlos Alberto y que aceptar el ministerio francamente liberal del conde Mamiani; pero estos eran actos transitorios y forzosos; la alocucion quedaba en pié y con ella su formal divorcio de la causa nacional italiana, á la cual su eleccion al papado habia dado tantas esperanzas. Con la alocucion se deshizo la ilusion de que Pio IX fuera el papa ideal de Gioberti, y este último y sus amigos desde entonces se pasaron sin vacilacion al partido enemigo del poder temporal del pontificado.

En Nápoles, donde eran menores los elementos favorables á la aclimatacion de un régimen liberal, donde eran tambien mas inflamables los cerebros é igualmente inagotables los errores y extravíos de los demócratas que en otra parte alguna, murieron todas las esperanzas patrióticas el mismo dia, 15 de mayo, en que se abrió el tan anhelado parlamento. Escrupulos sobre algunos puntos de mera forma retardaron el juramento á la constitucion tanto de los diputados como del rey, lo cual bastó para despertar las sospechas del pueblo bajo, que reforzado y envalentonado con turbas de calabreses que entraron en la capital, se puso inmediatamente á construir barricadas. El rey, deseando evitar la efusion de sangre, ordenó la retirada de las tropas, las cuales al aprestarse á cumplir la orden recibieron una descarga. Entonces ya no hubo medio de detenerlas, cansadas como estaban de sufrir toda clase de insolencias de parte del populacho; el rey tambien estaba indignado; y así empezó una lucha feroz que degeneró en un saqueo salvaje de las casas de la clase media, á la cual odiaban á porfía el populacho y los soldados. El gobierno quedó vencedor, y tambien deshizo sin contemplaciones las bandas que acudieron de Sicilia al

auxilio de los insurrectos de la capital, antes de que llegasen á ella. Esta jornada sangrienta del 15 de mayo acabó en el Mediodía de Italia con el movimiento nacional. El nuevo ministerio Carriati-Bozzelli era liberal, pero particularista, y llamó del teatro de la guerra á la escuadra y las fuerzas terrestres napolitanas, que cumplieron la orden recibida, menos el general Pepe con un cuerpo de unos 1,500 hombres.

Con esto dejó de ser guerra nacional la que se hizo en el Norte de Italia, y prescindiendo de unos 7,000 voluntarios, todos los demás italianos que allí pelearon fueron tropas piemontesas. Mientras los austriacos se rehacian y se preparaban para nuevas operaciones y su ejército se iba haciendo superior en número con la incorporacion de una parte de las fuerzas que bloqueaban á Venecia y las del Tirolo, el rey Carlos Alberto tenia que luchar con la indisciplina, la escasez de todo, la discordia, los recelos y los consejos no solicitados de los que todo lo creen saber. Todas estas causas le hicieron dudar de su propia aptitud y hasta de lo que haria con la victoria si la alcanzase. Habiendo pasado así un mes en vacilaciones estériles, decidióse á atacar en 17 de julio con su ala derecha, mandada por Bava, la plaza de Mantua, sin esperanza de éxito, separándose así de su ala izquierda, que dejó al mando de Sonnaz en la meseta de Rívoli para reservarse esta posicion, que juzgó mas importante de lo que era en realidad para él entonces. Este error le hizo perder la campaña, porque mientras su ala derecha estaba delante de Mantua, despues de haber copado en Governolo un batallon austriaco descuidado, arrojóse Radetzky en la mañana del 23 de julio sobre el centro debilitado de los piemonteses con fuerzas cuatro veces mas numerosas; lo rompió en Sommacampagna, empujó á Sonnaz con su ala izquierda hácia Peschiera y al día siguiente empezó á pasar el Mincio cerca de Salionze.

Habia ya pasado la vanguardia y una pequeña parte del ejército principal cuando el rey Carlos Alberto, á quien Radetzky creia operando su retirada hácia Goito, acudió con sus fuerzas desde Mantua, á pesar del calor abrasador que hacia, para disputar á los austriacos el paso del rio. Con ímpetu formidable atacó el rey y dispersó la brigada de Simbschen, que tranquilamente marchaba en direccion del rio á espaldas del mariscal. Radetzky entonces cambió de frente hácia el Sur y el sudeste interponiéndose con treinta y cinco mil hombres entre el rey con sus veinte mil hombres y Valeggio, donde estaba el ejército principal de los austriacos. Los piemonteses pelearon con valor incomparable, dándoles el ejemplo los hijos del rey, á pesar del calor abrasador; pero como Sonnaz, apostado cerca de Volta, no recibió á tiempo la orden del rey de atacar por su lado desde la otra orilla del Mincio la posicion de Valeggio, fueron arrojados de las alturas al llano de Villafranca, y perdieron la batalla que se conoce con el nombre de Custozza. La retirada se operó con todo orden, pasando el Mincio cerca de Goito,

porque los vencedores estaban rendidos de cansancio y de calor; pero cuando por la noche Sonnaz quiso apoderarse de Volta, que habia sido evacuada por error, resultó un combate nocturno sangrientísimo que sembró el desorden en las filas piemontesas.

Agotadas las fuerzas por las calenturas, fatigas y disgustos, dejó el rey el mando en jefe á Bava y ofreció al vencedor un armisticio tomando el rio Oglio por línea divisoria, pero el feld-mariscal pidió la línea del Adda y la evacuacion de todo el territorio y posiciones ocupadas por el enemigo mas allá del citado rio. Esta condicion era inaceptable para Carlos Alberto, criticado por todos y acusado de traidor á cada yerro que cometia y á cada desgracia que tenia, habiendo sido este cabalmente el motivo de no haber elegido el camino de Piacenza y Pavía para operar su retirada, á pesar de ser el único racional, porque en este caso habria tenido que sacrificar tambien á Milan. El ejército, desanimado, pasó, pues, el Adda, desorganizándose mas y mas á medida que se retiraba, viéndose impotente tambien para conservar la citada plaza de Milan, donde el pueblo enfurecido quiso matar al rey, despues que, en lugar de auxiliarse en tiempo oportuno, solo habia mostrado patriotismo con la lengua. Esta conducta, teniendo al enemigo á las puertas, acabó por hacer inútil la defensa, y los mismos que cuatro meses antes se habian enronquecido vitoreando al rey su libertador, le llenaron de insultos cuando abandonó con sus fuerzas la ciudad, seguido de una innumerable multitud de fugitivos que tenian motivos para temer la venganza del vencedor. «Me tiembla la pluma, dice Ranalli, al escribir aquellos últimos hechos afictivos y vituperables, aquel espectáculo infame de guerra intestina mas que extranjera, y presagio de nueva y peor esclavitud.» Abercromby, embajador inglés en Turin, se apresuró á ofrecer la mediacion de Inglaterra para obtener así mejores condiciones en favor del vencido, y con este fin pasó al cuartel general de Radetzky. El veterano general le recibió con mucha frialdad y contestó al ofrecimiento del diplomático inglés que la única base aceptable para tratar de la paz era el restablecimiento de las fronteras antiguas. Los piemonteses evacuaron, segun estaba convenido en el armisticio, todos los distritos y posiciones al otro lado del Adda, entre ellas la plaza de Peschiera, maltrecha ya por las baterías de Haynau, y el 9 de agosto Vigevano. Durante algun tiempo José Garibaldi, que habia acudido desde Montevideo y sido aclamado generalísimo por los mazzinistas, continuó sus correrías por las estribaciones de los Alpes, entre los lagos, con los restos del llamado ejército popular, pero al fin fué arrojado al otro lado del Tesino.

Con esto concluyó la revolucion su vuelta por la Europa central. Tras ella vino la reaccion, que siguió exactamente sus huellas, pero entre el auge de la primera y el de la segunda media un período de torbellinos políticos como los que resultan siempre de la colision de corrientes opuestas.

PARTE SEGUNDA

LA LUCHA DE LA REVOLUCION CONTRA LA REACCION

CAPITULO PRIMERO

LA SUJECION DE LA REVOLUCION EN AUSTRIA

Hasta el otorgamiento de la constitucion del 4 de marzo de 1849

«El Austria está en tu campamento!» habia dicho Grillparzer (1) al anciano feld-mariscal Radetzky, y realmente así era. La victoria del Piemonte habia tenido por consecuencia hasta donde alcanzaba la prevision humana, la descomposicion del imperio austriaco en sus nacionalidades elementales, que desarrollaban una fuerza centrífuga en su interior mucho mayor que la de los partidos políticos; ambas luchas se atravesaban, unian y cruzaban, complicando la vida del imperio de tal manera que hacian difícilísima su direccion.

Esta vez fueron los eslavos meridionales los que complicaron la vida del conjunto (2). El nuevo lugarteniente del emperador en Croacia, Esclavonia y Dalmacia, el general Jellachich, militar rígido y uno de los servidores mas adictos y mas leales de la dinastía de los Habsburgos, aprovechó el odio inveterado de sus paisanos contra los húngaros y alemanes para mortificar á los gobiernos liberales de Hungría y de Viena, sin cuidarse de las contradicciones que habian de resultar para él y dificultar su posicion. Empujado por los ilirios y en parte obedeciendo á su propio impulso, desconoció su posicion de súbdito de la corona húngara y obró como gobierno independiente. De este modo proclamó en sus territorios la ley marcial contra todo foragido, salteador y asesino, incluyendo en esta calificacion á los rebeldes y considerando como tales á los magyares. El conde Batthyany pasó á la corte, donde se quejó de la conducta de Jellachich pintando con los colores mas vivos su desobediencia al mismo archiduque palatino. El resultado fué una circular del emperador, fechada en 7 de mayo, dirigida á todos los generales con mando en Hungría, á los cuales pertenecia tambien Jellachich, ordenándoles obedecer al ministerio de Pest y autorizando á este último para nombrar comisarios extraordinarios para hacer entrar en razon á la Croacia.

El gobierno húngaro se apresuró á usar esta autorizacion, nombrando al anciano general Hrabowsky, pero sin resultado, porque Jellachich continuó su gobierno personal y entre otras cosas prohibió toda remesa de fondos á Pest, lo cual obligó al gobierno húngaro á formarle causa como reo de alta traicion y á anular todas sus disposiciones. A esto contestó Jellachich ordenando una quinta de todos los hombres útiles y convocando una asamblea general de los Estados de Croacia, Esclavonia y Dalmacia en Agram, para el 5 de junio. En la primera sesion, en la cual tomaron parte, si bien sin voz ni voto, representantes de la Transilvania

y de todas las provincias habitadas por los eslavos, declaró esta asamblea la independencia de los países que representaba, respecto del gobierno húngaro. Entonces podia parecer próxima la realizacion del ensueño de los ilirios, si la ausencia de los dálmatas, la desercion de una parte de los eslavos que se pasaron á los magyares y la resistencia y aversion de los servios cismáticos en la Voivodina á fraternizar con los croatas no hubiesen aguado el entusiasmo.

Otra vez corrió Batthyany á Innsbruck para quejarse al emperador de Jellachich, y como de paso prometió el auxilio de Hungría en dinero y tropas para la guerra de Italia, encontró oídos dóciles y obtuvo lo que quiso, indicándosele hasta la posibilidad de que se le encargase de someter la capital rebelde del imperio con fuerzas húngaras. El 29 de mayo ordenó el gobierno imperial la disolucion de los Estados reunidos sin autorizacion en Agram; otro decreto intimó á Jellachich que se presentara inmediatamente ante el emperador, y no habiendo obedecido por impedirle su partido eslavos, fué sentenciado en 10 de junio á perder todos sus grados, honores y empleos. Los croatas y eslavos recibieron la intimacion severa de obedecer á las autoridades legítimas; la protesta de los alemanes y rumanos transilvanos contra su union á la Hungría fué rechazada, y el ministro de la Guerra de Hungría fué declarado jefe supremo de las tropas de todos los países que formaban parte de la corona húngara. Los amigos de Jellachich, comprendiendo la necesidad de un arreglo con el gobierno central, así como la de justificar su conducta y defender los derechos y reclamaciones del pueblo croata ante el soberano, resolvieron enviar á Innsbruck á Jellachich con una comision de los Estados reunidos en Agram. Tan luego como hubieron llegado presentaron sus explicaciones, excusas y quejas, y Jellachich envió á las tropas eslavas de los distritos fronterizos, que combatian en Italia á las órdenes de Radetzky, una proclama en que las amonestaba solemnemente que continuaran fieles á su bandera y no prestaran oído á las insinuaciones contrarias. Esta manifestacion de lealtad sencilla y acrisolada impresionó á la corte imperial, que recibia de Hungría solo noticias de las mofas y desprecios con que allí se hablaba del ejército austriaco, mientras cundia á consecuencia de todo esto la indisciplina en las fuerzas estacionadas en aquel reino. A no haber sido publicada ya la destitucion de Jellachich por el ministerio húngaro, habria sido anulada; pero el archiduque Juan se encargó de reconciliar al gobierno húngaro con el jefe croata.

Sin embargo, los esfuerzos de Batthyany y de sus adictos en el ministerio húngaro á favor de una buena inteligencia con la corte de Viena, fueron constantemente inutilizados por la actitud y conducta belicosa de su colega Kossuth, que impulsado por su ambicion é inquebrantable confianza en sí mismo, escuchaba poco la prudencia y el interés positivo del país, que acaso aconsejaban contentarse con las concesiones que el soberano le hizo cuando abrió en 5 de julio el nuevo parlamento húngaro. En efecto, el emperador asegró en su

(1) En una poesia que le dedicó en 1848. Grillparzer es uno de los mejores poetas vieneses y alemanes. Murió en 1872, á la edad de 81 años. (N. del T.)

(2) Véase la obra alemana de Springer, *Historia de Austria*, tomo II, págs. 431 y siguientes.